

INAUGURACIÓN DE LA SEDE DE LA FUNDACIÓN INSTITUTO DE INMUNOLOGÍA DE COLOMBIA, FIDIC Bogotá, 7 de Mayo de 2002

En los años 70's Manuel Elkin Patarroyo, un muchacho fogoso de tenacidad inusual, comenzó a destacarse en el ámbito académico por sus ideas revolucionarias sobre la ciencia. Él deseaba investigar el campo de la inmunología. Siendo todavía estudiante de medicina de la Universidad Nacional de Colombia logró trabajar con el Dr. Ronald Mckensey un problema de salud en nuestro país, como lo era la encefalitis equina venezolana. Esto le permitió interactuar con los más importantes investigadores de la Universidad Rockefeller de Nueva York. Más tarde logró convencer a sus profesores para que le permitiesen desarrollar sus ideas y organizar en un rincón del hospital universitario de San Juan de Dios el primer laboratorio de inmunología de Bogotá y del país.

Con Manuel Elkin Patarroyo indudablemente se divide en dos la historia de la medicina y, específicamente, de la Inmunología en Colombia. Él persiste hasta la actualidad en sus ideas con un norte único: desarrollar vacunas, hacerlo dentro de un contexto universal y proyectar su país como líder del conocimiento científico.

Louis Pasteur, el ejemplo de vida del profesor Patarroyo decía: *“Si la ciencia no tiene patria, el investigador científico sí”*. En efecto, la ciencia es universal y no tiene patria, pero, por fortuna, Manuel

Elkin Patarroyo sí. Decidido a hacer ciencia en Colombia, ha defendido ante el mundo, contra viento y marea, el concepto de las vacunas sintéticas como un método económico, racional y útil para combatir las enfermedades. Gracias a su empeño, desarrolló la vacuna contra la malaria, con un doble record: es la primera químicamente hecha en la historia de la ciencia y es la primera realizada en un país en vías de desarrollo.

La primera generación de la vacuna obtuvo una eficacia del 20 al 40% en diferentes escenarios epidemiológicos, tanto en Latinoamérica como África y el sureste asiático. Sin embargo, no logró ser eficaz en niños menores de un año. Pero en ciencia el conocimiento se construye a través del ensayo y el error. El profesor Patarroyo ya había recorrido un buen tramo en la búsqueda de respuestas. Con todo el conocimiento logrado se adentró en las moléculas para encontrar el porqué de sus resultados. Toda esta experiencia fortaleció el desarrollo de la segunda generación de la vacuna contra la malaria y ha contribuido grandemente a lograr entender los patrones que los microorganismos utilizan para escapar a los mecanismos de defensa del ser humano.

Todo el trabajo del profesor Patarroyo y el de su equipo ha sido objeto de un amplio reconocimiento internacional, el cual se ve

reflejado en más de 200 publicaciones en las revistas de ciencia de la más alta calidad. Esto nos permite tener la seguridad de que toda la inversión del Gobierno Nacional que se hace en este tipo de investigaciones es fructífera en la actualidad y se verá recompensada en un futuro que puede estar cerca. Sin embargo, en ciencia el tiempo es incierto. Es una carrera entre el conocimiento y las necesidades de la humanidad en la que se requieren talento y perseverancia, dos características que, por suerte, adornan la personalidad de nuestro más ilustre científico.

Hoy en día, las enfermedades infecciosas para el ser humano pueden ascender a miles y sólo existe una decena de vacunas. Además de ello, vivimos en un mundo de desorden social que facilita aún más la emergencia o reemergencia de enfermedades. La Organización Mundial de la Salud estableció que en 1995, un año como cualquier otro, hubo 17 millones de muertes ocasionadas por enfermedades infecciosas, las cuales se previenen mediante vacunas. El ambicioso proyecto de vida trazado por el profesor Patarroyo pretende resolver un problema universal de gran magnitud como es el de encontrar una manera lógica y racional para el desarrollo de cualquier vacuna, utilizando las herramientas más modernas y novedosas de las ciencias contemporáneas. Ello persigue dos fines igualmente resaltables:

elevar el bienestar de la humanidad y engrandecer la gloria de su país, Colombia.

La humanidad necesita de hombres como Manuel Elkin Patarroyo y de equipos de trabajo basados en la excelencia, como los que él ha formado. Necesitamos muchos Patarroyos en el país que integren el conocimiento, el liderazgo y la gestión en ciencia, y que se comprometan con los más necesitados.

Queridos amigos:

Está en nuestras manos, de los gobernantes y los ciudadanos colombianos, proteger las riquezas que se generan en nuestro país. Debemos recordar que el desarrollo de una nación se mide por el grado del conocimiento de su gente. La independencia es la independencia del pensamiento. Colombia requiere que, de manera sistemática, articulada y eficiente, el conocimiento se convierta en un elemento útil, no solamente para responder al entendimiento de la realidad y del entorno, sino también y fundamentalmente para que se convierta en motor de desarrollo y en el factor dinamizador del cambio social. La brecha entre las capacidades científicas y tecnológicas de los países industrializados y los países en desarrollo es una de las

manifestaciones contemporáneas de la persistencia del subdesarrollo y también una de sus mayores causas.

Para que la inversión del país en ciencia y tecnología tenga la mayor rentabilidad social posible, y un mejor impacto en la generación de unas nuevas condiciones económicas y en la construcción de la nueva sociedad colombiana, se hace necesario fomentar la articulación y continuidad entre la investigación básica, la investigación aplicada y el desarrollo tecnológico, y armonizar la supuestas disyuntivas entre las políticas públicas y las dinámicas del mercado y entre los propósitos nacionales y las dinámicas regionales.

El que hoy estemos reunidos alrededor de este grupo de científicos es un fiel reflejo de la tenacidad, no sólo del doctor Patarroyo, sino también de su gente, formados en múltiples disciplinas en las áreas de las ciencias básicas y médicas. Es un equipo que ha sabido apropiarse el conocimiento científico y la tecnología para desarrollar nuevos conceptos e ideas en bien de la humanidad. Este tesoro intelectual, sumado a su espíritu de desprendimiento en los momentos más aciagos de la historia de la institución, nos enorgullece a todos los que en una u otra forma unimos esfuerzos para facilitar esta nueva sede para el Instituto de Inmunología de Colombia. Hoy, como el ave Fénix, el Instituto orgullo de nuestro

país, después de las múltiples dificultades de las que todos hemos sido testigos, resurge con más proyección que nunca.

Esta experiencia nos demuestra que de las crisis podemos salir fortalecidos. Tomémosla como un ejemplo que prueba que entre todos podemos hacer de Colombia el país que nuestros hijos se merecen.

Como Presidente, he tenido la suerte de haber podido dar la mano a este Instituto en el momento en que más lo necesitaba. Cuando la situación financiera del Hospital San Juan de Dios derivó en la imposibilidad de mantener su sede tradicional, personalmente di las instrucciones al Ministerio de Minas y Energía para que facilitara las instalaciones del Instituto de Asuntos Nucleares para el trabajo científico del doctor Patarroyo y su equipo. Y también lo hemos apoyado con recursos. Con verdadero orgullo puedo decir que, durante mi administración, entre los años 1998 y 2001, el Ministerio de Salud ha entregado recursos por un valor superior a los 21 mil 500 millones de pesos para el Instituto de Inmunología.

¡Qué satisfactorio es ver hoy al profesor Patarroyo, con su equipo de calificados profesionales, trabajando en este moderno y bien dotado Instituto de Inmunología! ¡Qué contraste su labor en pro de Colombia y en pro del género humano, cuando la comparamos con

las acciones genocidas de los terroristas que atacan a sus compatriotas indefensos y que generan masacres tan dolorosas como la que hoy nos conmueve en Bojayá, Chocó!

Mientras Manuel Elkin Patarroyo y su equipo trabajan para salvar vidas, otros las desprecian y las ciegan con crueldad. Por eso estamos aquí y por eso exaltamos su labor. Porque nuestra respuesta, la respuesta de todos los colombianos de bien ante la arremetida de los violentos, es la vida. Frente a la muerte absurda de los inocentes, ¡nuestra respuesta es fortalecer el poder luminoso de la vida y luchar por preservar su dignidad!

Profesor Patarroyo:

Hoy, en este flamante Instituto, -adornado por los colores de Colombia representados en las obras de Carlos Jacanamijoy, Carlos Salas y Manuel Hernández, y la fuerza escultórica de Arenas Betancourt-, quiero agradecerle, en nombre de todos sus compatriotas, su esfuerzo continuo por lograr una mejor humanidad y su inquebrantable fe en su país. Sepa usted que no está solo: que Colombia, su venerada patria, ¡está con usted!

Muchas gracias